

SICOLOGÍA DE LA MADREPERLA

En algún oscuro momento a la madreperla
le es dado saber
que el mal que la aqueja no es un intruso
sino su raíz

Por tanto no puede expulsarlo
Entonces
amorosa, duramente
decide arrullarlo en su nácar
Después lo abisma en su seno
Después lo convierte en su segunda raíz
Después lo olvida
Después
le cuesta trabajo reconocerlo en el poema
que aparece publicado en alguna revista

MANTARRAYA

Por algún divertido arreglo
los dos muchachos han dividido en dos la mantarraya
como si fuera una hoja de papel
y ahora cada uno lleva su parte colgando de la mano

Ya nada queda de la gracia que el animal
exhibe en los acuarios
Ondeando, sumergiéndose, elevándose en el agua
todo su cuerpo como dos extrañas alas

Mientras la ofrecen a lo largo de la playa los dos muchachos
aseguran que con ella se prepara un excelente
y vigorizante cocido

Las dos partes siguen vivas

A veces una de ellas levemente se estremece y aletea
como si una parte reclamara la otra

O como si conservara alguna oscura memoria de su vuelo

POEMA CON PEZ Y GARCETAS

Las garcetas blancas rizan con sus patas la superficie del lago

Lo hacen a intervalos rítmicos mientras planean a baja altura

Al fondo, bordeados de mangles, polvorientos baldíos

Cuesta pensar que no se trata de algo más que un juego

o una danza

En realidad, con esas periódicas caricias al agua, las garcetas

buscan atraer a los peces

que literalmente

vienen a morir a sus pies, bajo sus eficaces picos

(bajo el agua el goloso pez solo ha visto otro pez

más pequeño que espejea y salta brevemente sobre el agua)

No hay gratuidad en ese bello gesto como quisieras, alma mía

Ni tan solo belleza alguna en ese bello gesto

Solo tú y el iluso pez que se confunden

El resto es literatura - te dices conclusiva

Hay, sin embargo, un extraño fulgor en la muerte

una misteriosa belleza en un pez que viene a morir

en medio de las aguas insomnes de un poema - añades finalmente

Y el poema y el pez te lo agradecen

COTIDIANA

La hermana pasa lentamente la escoba sobre el pequeño tumulto
de las hormigas

y no cesa de asombrarse de lo rápidas que acudieron
al saltamontes inesperadamente caído del techo

- Parece que supieran - dice

Cuánta minúscula y moviente voracidad sobre el cuerpo muerto

Cuánto vértigo de pinzas trincando, desgarrando, cargando
victoriosamente el animalejo

-Algo las llama – insiste sabiamente la hermana

Yo nada digo.

Yo aparto los pies y dejo barrer

mientras miro la desorientación de las hormigas

que ahora no parecen saber tanto

Rómulo Bustos Aguirre